

# EL PRIMER Y GRAN MANDAMIENTO

## Volumen 1 – Sermón No. 162

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO  
8 DE NOVIEMBRE DE 1857,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento”.***  
***Marcos 12:30***

Nuestro Salvador dijo: “Este es el primer y gran mandamiento”. Es “el primer” Mandamiento, el primero en la antigüedad, porque es más antiguo incluso que los Diez Mandamientos de la Ley escrita. Antes de que Dios dijera: “No cometerás adulterio, no robarás”, esta Ley era uno de los mandamientos de Su universo, porque esto obligaba a los ángeles cuando el hombre no fue creado. No era necesario que Dios les dijera a los ángeles: “No matarás, no robarás”. Porque tales cosas para ellos eran imposibles, pero Él sin duda les dijo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón”. Y cuando Gabriel salió por primera vez de su nada original por el mandato de Dios, este mandato lo obligaba.

Este es “el primer Mandamiento”, entonces, para la antigüedad. Era obligatorio para Adán en el jardín. Incluso antes de la creación de Eva, su esposa, Dios había mandado esto. Antes de que hubiera necesidad de cualquier otro mandamiento, esto estaba escrito en las mismas tablas de su corazón: “Amarás al Señor tu Dios”.

Es “el primer mandamiento”, nuevamente, no solo por antigüedad sino por dignidad. Este mandato, que trata de Dios Todopoderoso, debe siempre tener precedencia sobre todos los demás. Otros Mandamientos tratan del hombre y del hombre, pero éste del hombre y su Creador. Otros mandatos de tipo ceremonial, cuando se desobedecen, pueden tener consecuencias leves para la persona que pueda ofender. Pero esta desobediencia provoca la ira de Dios y trae Su ira inmediatamente sobre la cabeza del pecador. El que hurta comete una grave ofensa por cuanto también ha violado este mandamiento. Pero si nos fuera posible separar los dos y suponer una ofensa de un mandamiento sin una ofensa de este, entonces debemos poner la violación de este Mandamiento en el primer rango de ofensas. Este es el rey de los Mandamientos. Este es el emperador de la Ley.

De nuevo, es "el primer Mandamiento" por su justicia. Si los hombres no pueden ver la justicia de esa Ley que dice: "Ama a tu prójimo", aunque haya alguna dificultad para comprender cómo puedo estar obligado a amar al hombre que me hiere y me hiere, no puede haber dificultad aquí. "Amarás a tu Dios" nos llega con tanta autoridad divina y está tan ratificado por los dictados de la naturaleza y de nuestra propia conciencia, que, en verdad, este mandato debe tomar el primer lugar por la justicia de su exigencia. Es "el primero" de los Mandamientos.

Cualquiera que sea la Ley que rompas, ten cuidado de mantenerla. Si quebrantáis los Mandamientos de la ley ceremonial, si quebrantáis el ritual de vuestra Iglesia, vuestra ofensa puede ser propiciada por el sacerdote, pero ¿quién puede escapar cuando esa es vuestra ofensa? Este mandato se mantiene firme. Puedes quebrantar la ley del hombre y sufrir el castigo. Pero si rompes esto, la pena es demasiado pesada para que tu alma la soporte. Te hundirá, Hombre, te hundirá como una piedra de molino más bajo que el más bajo Infierno. Preste atención a este mandamiento por encima de cualquier otro, para temblar ante él y obedecerlo, porque es "el primer mandamiento".

Pero el Salvador dijo que era un "gran mandamiento", y así es. Es "grande", porque contiene en su corazón todos los demás. Cuando Dios dijo: "Acuérdate de santificar el día de reposo", cuando dijo: "No te inclinarás ante los ídolos ni los adorarás", cuando dijo: "No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano", "Él no hizo más que dar instancias particulares que están todas contenidas en este mandato general. Esta es la suma y sustancia de la Ley. Y, de hecho, incluso el segundo Mandamiento se encuentra dentro de los pliegues del primero. "Amarás a tu prójimo", en realidad se encuentra en el centro de este mandato, "Amarás al Señor tu Dios". Porque el amar a Dios produciría necesariamente el amar al prójimo.

Es un gran mandamiento, pues, por su amplitud y es un gran mandamiento por la inmensa exigencia que nos impone. Exige toda nuestra mente, toda nuestra alma, todo nuestro corazón y todas nuestras fuerzas. ¿Quién es el que puede guardarlo, cuando no hay poder de la virilidad que esté exento de su dominio? Y al que viole esta Ley se le probará que es un gran mandamiento en la grandeza de su poder condenatorio. Es como una gran espada de dos filos, con la cual Dios lo matará. Será como un gran rayo de Dios, con el cual Él derribará y destruirá por completo al hombre que prosigue quebrantándolo voluntariamente.

Escuchen entonces, oh gentiles y oh casa de Israel, escuchen entonces, en este día, este primer y gran mandamiento: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas".

Dividiré mi discurso así: primero, ¿Qué nos dice este Mandamiento? En segundo lugar, ¿qué le decimos?

**1.** Y al discutir el primer punto, ¿QUÉ NOS DICE ESTE MANDAMIENTO? lo dividiremos así. Aquí está primero, el deber: "Amarás al Señor tu Dios". Aquí está, en segundo lugar, la medida del deber: "Lo amarás con todo tu corazón, mente, alma y fuerzas". Aquí está, en tercer lugar, el fundamento del reclamo, hacer cumplir el deber, porque Él es "tu Dios". Dios exige que obedezcamos, simplemente sobre la base de que Él es nuestro Dios.

Para empezar, pues, este mandato exige un deber. Ese deber es que debemos amar a Dios. ¿Cuántos hombres desobedecen esto? Una clase de hombres la rompen deliberada y gravemente. Porque odian a Dios. Está el incrédulo que rechina los dientes contra el Todopoderoso. El ateo que escupe el veneno de su blasfemia contra la Persona de su Hacedor. Encontrarás a aquellos que se burlan del mismo ser de un Dios, aunque en sus conciencias saben que hay un Dios, pero con sus labios negarán blasfemamente Su existencia. Estos hombres dicen que Dios no existe porque desearían que no existiera. El deseo es padre del pensamiento.

Y el pensamiento exige una gran aspereza de corazón y dolorosa dureza de espíritu antes de que se atrevan a expresarlo en palabras. E incluso cuando lo expresan en palabras, se necesita mucha práctica antes de que puedan hacerlo con un semblante audaz y sin sonrojarse. Ahora bien, este mandato es duro para todos los que odian, desprecian, blasfeman, difaman a Dios o niegan Su existencia o impugnan Su carácter. ¡Oh pecador! Dios dice que lo amarás con todo tu corazón. Y por cuanto lo odiáis, estáis hoy condenados a la sentencia de la Ley.

Otra clase de hombres sabe que hay un Dios, pero lo descuidan. Van por el mundo con indiferencia, "sin preocuparse por ninguna de estas cosas". "Bueno", dicen, "a mí no me importa si hay un Dios o no". No tienen ningún interés particular por Él. No le dan ni la mitad de respeto a Sus mandamientos que a la proclamación de la Reina. Están muy dispuestos a reverenciar todos los poderes existentes, pero Aquel que los ordenó debe ser pasado por alto y olvidado. No serían lo suficientemente audaces y honestos para despreciar a Dios y unirse a las filas de sus enemigos abiertos, pero se olvidan de Dios.

Él no está en todos sus pensamientos. Se levantan por la mañana sin una oración. Descansan por la noche sin doblar la rodilla. Pasan por los asuntos de la semana y nunca reconocen a Dios. A veces hablan de la buena suerte y el azar, extrañas deidades de su propio cerebro, pero nunca hablan de Dios, el Dios supremo de la Providencia, aunque a veces pueden mencionar su nombre con frivolidad y así aumentar sus transgresiones contra Él. ¡Oh despreciadores y negligentes de Dios! Este mandamiento te habla: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma".

Pero escucho a uno de estos caballeros responder: "Bueno, señor, no tengo pretensiones de religión, pero aun así creo que soy tan bueno como los que las tienen. Soy igual de recto, igual de moral y benévolo. Cierto, no suelo oscurecer la puerta de una Iglesia o Capilla. No lo creo necesario, pero soy un buen tipo. Hay muchos, muchos hipócritas en la Iglesia y, por lo tanto, no pensaré en ser religioso". Ahora, mi querido amigo, permíteme solo decir una palabra: ¿qué es eso tuyo? La religión es un asunto personal entre usted y su Hacedor. Tu Hacedor dice: "Me amarás con todo tu corazón".

De nada sirve señalar con el dedo al otro lado de la calle y señalar a un ministro cuya vida es inconsistente, o a un diácono que no es santo, o a un miembro de la Iglesia que no vive a la altura de su profesión. No tienes nada que ver con eso. Cuando tu Hacedor te habla, te apela personalmente. Y si le dijeras: "Señor mío, no te amaré, porque hay hipócritas", ¿no te convencería tu propia conciencia de lo absurdo de tu razonamiento? ¿No debería su buen juicio susurrar: "Puesto que muchos son hipócritas, mirad que vosotros no lo seáis? ¿Y si hay tantos farsantes que dañan la causa del Señor con sus pretensiones mentirosas, con mayor razón debéis tener la cosa real y ayudar a que la Iglesia sea sana y honesta"?

Pero no. Los mercaderes de nuestras ciudades, los mercaderes de nuestras calles, nuestros artesanos y nuestros obreros, la gran masa de ellos, viven en total abandono de Dios. No creo que el corazón de Inglaterra sea infiel. No creo que haya una gran extensión de deísmo o ateísmo en toda Inglaterra, la gran falla de nuestro tiempo es la falla de la indiferencia, a la gente no le importa si las cosas están bien o no. ¿Qué es para ellos? Nunca se toman la molestia de buscar entre los diferentes profesantes de la religión para ver dónde yace la Verdad. No piensan rendir su reverencia a Dios con todo su corazón. Oh, no, se olvidan de lo que Dios exige y así le roban lo que le corresponde. A ustedes, a ustedes, grandes masas de la población, esta Ley les habla con lengua de hierro: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente".

Hay una clase de hombres que son mucho más nobles que la manada de simples que permiten que las sublimidades de la Divinidad sean ocultadas por su preocupación por el mero bien sensual. Hay algunos que no olvidan que hay un Dios, no, son astrónomos y vuelven sus ojos al Cielo y ven las estrellas, y se maravillan de la majestad del Creador. O cavan en las entrañas de la tierra y se asombran de la magnificencia de las obras de Dios de antaño. O examinan al animal, y se maravillan de la sabiduría de Dios en la construcción de su anatomía. Ellos, cada vez que piensan en Dios, piensan en Él con el más profundo asombro, con la más profunda reverencia.

Nunca los escucharás maldecir o blasfemar; descubrirás que sus almas están llenas por un profundo respeto por el gran Creador. Pero ah, mis amigos, esto no es suficiente, esto no es obediencia al mandato. Dios no dice que te maravillarás de Él, tendrás temor de Él. Él pide más que eso. Él dice: "¡Me amarás!" Oh, ustedes que ven los orbes del Cielo flotando en la lejana extensión, es algo para levantar sus ojos al Cielo y decir,

***"Estas son Tus obras gloriosas, Padre del bien,  
todopoderoso, Tuyo es este marco universal.  
Por tanto, maravilloso es. ¡Tú mismo eres entonces maravilloso!  
indecible, que te sientas sobre estos Cielos  
para nosotros invisible, o vagamente visto  
en estas Tus obras más simples. Sin embargo, estas declaran  
Tu bondad, más allá del pensamiento, y Tú poder Divin".***

Es algo así adorar al gran Creador, pero no es todo lo que Él pide. Oh, si pudieras agregar a esto: "El que hizo estos orbes, que los saca por sus ejércitos, es mi Padre y mi corazón late con afecto hacia Él", entonces serías obediente, pero no hasta entonces. Dios no pide tu admiración sino tu cariño. "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón".

Hay otros, también, que se deleitan en pasar tiempo en contemplación. Creen en Jesús, en el Padre, en el Espíritu. Ellos creen que hay un solo Dios, y que estos Tres son Uno. Es su deleite hojear las páginas de Apocalipsis, así como las páginas de la historia. Contemplan a Dios. Él es para ellos un asunto de curioso estudio. Les gusta meditar en Él. Las doctrinas de Su Palabra podían oír todo el día. Y son muy sanos en la fe, extremadamente ortodoxos y muy sabios. Pueden pelear por doctrinas, pueden disputar sobre las cosas de Dios con todo su corazón.

Pero, ¡ay!, su religión es como un pez muerto, frío y tieso, y cuando lo tomas en tu mano dices que no hay vida en él. Sus almas nunca se conmovieron con él. Sus corazones nunca fueron minuciosos en eso. Pueden contemplar, pero no pueden amar. Pueden meditar, pero no pueden comulgar. Pueden pensar en Dios, pero nunca pueden entregarle sus almas y estrecharlo en los brazos de sus afectos. Ah, a vosotros, pensadores de sangre fría, a vosotros os habla este texto. Oh, tú que puedes contemplar, pero no puedes amar: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón".

Otro hombre se pone en marcha y dice: "Bueno, este mandato no me afecta. Asisto a mi lugar de culto dos veces cada domingo. Tengo oración familiar. Tengo mucho cuidado de no levantarme por la mañana sin decir una forma de oración. A veces leo mi Biblia. Me suscribo a muchas organizaciones benéficas". Ah, amigo mío, y tú puedes hacer todo eso sin amar a Dios.

Vaya, algunos de ustedes van a sus Iglesias y Capillas como si fueran a ser azotados. Es una cosa aburrida y triste para ti. No te atreves a quebrantar el sábado, pero lo harías si pudieras. Sabes muy bien que, si no fuera por una mera cuestión de moda y costumbre, antes a la mitad estarías en cualquier otro lugar que en la casa de Dios.

Y en cuanto a la oración, ¿por qué no os deleita? Lo haces porque crees que deberías hacerlo. Un indefinible sentido del deber descansa sobre ti. Pero no te deleitas en ello. Hablas de Dios con mucha propiedad, pero nunca hablas de Él con amor. Su corazón nunca salta ante la mención de Su nombre. Tus ojos nunca brillan al pensar en Sus atributos. Tu alma nunca salta cuando meditas en Sus obras. Tu corazón está completamente intacto y mientras honras a Dios con tus labios, tu corazón está lejos de Él y todavía eres desobediente a este Mandamiento: "Amarás al Señor tu Dios".

Y ahora, mis lectores, ¿comprendéis este mandamiento? ¿No veo a muchos de ustedes buscando escapatorias por dónde escapar? ¿No creo ver a algunos de ustedes esforzándose por abrir una brecha en este muro divino que nos rodea a todos? Tú dices: "Yo nunca hago nada en contra de Dios". No, mi amigo, no es eso, no es lo que no haces, es esto: "¿Lo amas?" "Bueno, señor, pero nunca violo ninguna de las propiedades de la religión". No, eso no es todo. El mandamiento es: "Lo amarás". "Bueno, señor, pero yo hago mucho por Dios. Enseño en una escuela dominical, etc." Ah, lo sé, pero ¿lo amas? Es el corazón que Él quiere y no estará contento sin él. "Amarás al Señor tu Dios". Esa es la Ley y aunque ningún hombre puede guardarla desde la Caída de Adán, sin embargo, la Ley es tan obligatoria para todos los hijos de Adán hoy como cuando Dios la pronunció por primera vez. "Amarás al Señor tu Dios".

Eso nos lleva al segundo punto: la medida de esta Ley. ¿Cuánto debo amar a Dios? ¿Dónde arreglaré el punto? Debo amar a mi prójimo como me amo a mí mismo. ¿Debo amar a mi Dios más que eso? Sí, ciertamente. La medida es aún mayor. No estamos obligados a amarnos a nosotros mismos con toda nuestra mente, alma y fuerza y, por lo tanto, no estamos obligados a amar tanto a nuestro prójimo. La medida es mayor. Estamos obligados a amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas.

Y de eso deducimos, primero, que debemos amar a Dios supremamente. Debes amar a tu esposa, oh esposo. No puedes amarla demasiado excepto en un caso, si la amas antes que a Dios y prefieres su complacencia a la complacencia del Altísimo. Entonces serías un ídolatra. Hija, debes amar a tus padres. No puedes amar demasiado al que te engendró, ni demasiado a la que te dio a luz. Pero recuerda, hay una Ley que anula eso. Debes amar a tu Dios más que a tu padre o a tu madre. Él exige tu primer y más alto afecto: debes "amarlo con todo tu corazón".

Se nos permite amar a nuestros familiares, se nos enseña a hacerlo. El que no ama a su propia familia es peor que un pagano y un publicano. Pero no debemos amar el objeto más querido de nuestro corazón tanto como amamos a Dios. Puedes erigir pequeños tronos para aquellos a quienes amas con razón. Pero el Trono de Dios debe ser un Trono alto y glorioso. Puede colocarlos en los escalones, pero Dios debe sentarse en el mismo asiento. Él debe ser entronizado, el Real dentro de tu corazón, el rey de tus afectos. Di, di Oidor, ¿has guardado este Mandamiento? Sé que no. Debo declararme culpable ante Dios. Debo arrojarme ante Él y reconocer mi transgresión. Sin embargo, ahí está el Mandamiento: "Amarás a Dios con todo tu corazón", es decir, lo amarás supremamente.

Nótese, nuevamente, del texto podemos deducir que un hombre está obligado a amar a Dios de todo corazón, eso es bastante claro, porque dice: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón". Sí, debe haber en nuestro amor a Dios una sinceridad. Debemos entregarnos por completo al amor que le damos. No es el tipo de amor que algunas personas dan a sus semejantes, cuando dicen: "Sed calentitos y llenos", y nada más. No, nuestro corazón debe tener todo su ser absorbido en Dios, de modo que Dios sea el objeto de búsqueda de su corazón, y su amor más poderoso. Mira cómo la palabra "todos" se repite una y otra vez. Todo el salir del ser, todo el despertar del alma debe ser para Dios y sólo para Dios. "Con todo tu corazón".

Nuevamente, así como debemos amar a Dios de todo corazón, debemos amarlo con toda nuestra alma. Entonces debemos amarlo con toda nuestra vida, porque ese es el significado de esto. Si estamos llamados a morir por Dios, debemos anteponer a Dios a nuestra propia vida. Nunca alcanzaremos la plenitud de este Mandamiento, hasta que lleguemos a los mártires, quienes en lugar de desobedecer a Dios serían arrojados al horno o devorados por las fieras. Debemos estar dispuestos a renunciar a la casa, al hogar, a la libertad, a los amigos, a la comodidad, al gozo y a la vida, por mandato de Dios, o de lo contrario no hemos cumplido este Mandamiento: "Lo amarás con todo tu corazón y con toda tu la vida".

Y, a continuación, debemos amar a Dios con toda nuestra mente. Es decir, el intelecto es amar a Dios. Ahora muchos hombres creen en la existencia de un Dios, pero no aman esa creencia. Saben que hay un Dios, pero desearían mucho que no lo hubiera. Algunos de ustedes hoy estarían muy complacidos, harían sonar las campanas, si creyeran que Dios no existe. Bueno, si no hubiera Dios entonces podrías vivir como quisieras. Si no hubiera Dios, entonces podrías desbocarte y no tener miedo de las consecuencias futuras. Sería para ti el mayor gozo que podría existir, si supieras que el Dios eterno ha dejado de existir.

Pero el cristiano nunca desea tal cosa como esa. El pensamiento de que hay un Dios es la luz del sol de su existencia. Su intelecto se inclina ante el Altísimo. No como un esclavo que dobla su cuerpo porque debe, sino como el ángel que se postra porque ama adorar a su Hacedor. Su intelecto es tan aficionado a Dios como su imaginación. "Oh", dice, "Dios mío, te bendigo porque eres, porque eres mi mayor tesoro, mi más rico y mi más raro deleite. Te amo con todo mi intelecto. No tengo pensamiento, ni juicio, ni convicción, ni razón que no ponga a Tus pies y consagre a Tu honor.

Y una vez más, este amor a Dios debe caracterizarse por la actividad. Porque debemos amarlo con todo nuestro corazón, de todo corazón, con toda nuestra alma, es decir, hasta el sacrificio de nuestra vida, con toda nuestra mente, es decir mentalmente. Y debemos amarlo con todas nuestras fuerzas, es decir, activamente. Debo poner toda mi alma en el culto y adoración de Dios. No debo retener ni una sola hora, ni un solo centavo de mi riqueza, ni un solo talento que tengo, ni un solo átomo de fuerza, física o mental, de la adoración de Dios. Debo amarlo con todas mis fuerzas.

Ahora, ¿qué hombre guardó jamás este Mandamiento? Seguramente ninguno. Y ningún hombre jamás podrá conservarlo. De ahí, entonces, la necesidad de un Salvador. ¡Oh, que podamos, por este Mandamiento, ser heridos en la tierra, que nuestra justicia propia pueda ser rota en pedazos por este gran martillo del "primer y gran Mandamiento"! Pero, ¡oh, hermanos míos, ¡cómo podemos desear poder guardarlo! Porque, si pudiéramos mantener este mandamiento intacto, intacto, sería un Cielo abajo. Las criaturas más felices son las más santas y las que aman a Dios sin reservas.

Y ahora, muy brevemente, solo tengo que declarar la afirmación de Dios sobre la cual Él basa este Mandamiento. "Lo amarás con todo tu corazón, alma, mente y fuerzas". ¿Por qué? Primero, porque Él es el Señor, es decir, Jehová. Y en segundo lugar porque él es tu Dios.

Hombre, la criatura de un día, debes amar a Jehová por lo que Él es. ¡Mirad a Aquel a quien no podéis contemplar! Alzad vuestros ojos al séptimo Cielo. Mirad dónde, con terrible majestad, el brillo de sus vestiduras hace que los ángeles velen sus rostros, no sea que la luz, demasiado fuerte incluso para ellos, los hiera con ceguera eterna. Ved a Aquel que extendió los Cielos como una tienda para habitar y luego tejió en su tapiz, con aguja de oro, estrellas que brillan en la oscuridad. Fíjate en Aquel que extendió la tierra y creó al hombre sobre ella. Y escucha lo que Él es. ¡Él es todo suficiente, eterno, autoexistente, inmutable, omnipotente, omnisciente! ¿No lo reverenciarás? Él es bueno, Él es amoroso, Él es amable, Él es misericordioso. Mira las bondades de Su Providencia. ¡He aquí la plenitud de su gracia! ¿No amarás a Jehová, porque Él es Jehová?

Pero sobre todo estás obligado a amarlo porque Él es tu Dios. Él es tu Dios por creación. Él te hizo. No te hiciste a ti mismo. Dios, el Todopoderoso, aunque pudiera usar instrumentos, fue sin embargo el único creador del hombre. Aunque Él se complació en traernos al mundo por medio de nuestros progenitores, Él es tanto nuestro Creador como lo fue de Adán cuando lo formó de arcilla y lo hizo hombre. Mira este maravilloso cuerpo tuyo. Mira cómo Dios ha juntado los huesos para que te sirvan y te sirvan al máximo. Mira cómo Él ha arreglado tus nervios y vasos sanguíneos. ¡Observa la maravillosa maquinaria que Él ha empleado para mantenerte en vida! ¡Oh cosa de una hora! ¿No amarás al que te hizo? ¿Es posible que podáis pensar en Aquel que os formó en Su mano, y os modeló por Su voluntad y, sin embargo, no amáis a Aquel que os ha formado?

De nuevo, considera, él es tu Dios, porque Él te guarda. Tu mesa está puesta, pero Él te la puso. El aire que respiras es un don de Su caridad. La ropa que llevas puesta son regalos de Su amor. Tu vida depende de Él. Un deseo de Su infinita voluntad te hubiera llevado a la tumba y entregado tu cuerpo a los gusanos. Y en este momento, aunque eres fuerte y animoso, tu vida depende absolutamente de Él. Puedes morir donde estás; estás fuera del Infierno solo como resultado de Su bondad. Estarías en este momento ardiendo en llamas inextinguibles si su amor soberano no te hubiera preservado. Aunque seas traidor a Él, enemigo de Su Cruz y de Su causa, Él es tu Dios, en cuanto a esto, porque Él te hizo y Él te mantiene con vida.

Seguramente, usted puede preguntarse si Él debería mantenerlo con vida cuando se niega a amarlo. Hombre, no te quedarías con un caballo que no te sirve. ¿Mantendrías en tu casa a un sirviente que te insultó? ¿Pondrías pan sobre su mesa y buscarías librea para sus espaldas, si en lugar de hacer tu voluntad y beneplácito él fuera dueño de sí mismo y se opusiera a ti? Ciertamente no lo harías. Y sin embargo aquí está Dios alimentándote y te estás rebelando contra Él. Jurador, los labios con los que maldijiste a tu Hacedor son sustentados por Él. Los mismos pulmones que empleas en la blasfemia están inspirados por Él con el aliento de vida, de lo contrario habrías dejado de existir. ¡Oh, qué extraño que comas el pan de Dios y luego levantes tu calcañar contra Él!

¡Oh, asombroso que te sientes a la mesa de Su Providencia y te vistas con la librea de Su generosidad, y sin embargo, te des la vuelta y escupas contra el alto Cielo y levantes la débil mano de tu rebelión contra el Dios que te hizo y que te preserva! Oh, si en lugar de nuestro Dios tuviéramos que tratar con uno como nosotros, hermanos míos, no tendríamos paciencia con nuestros semejantes ni por una hora. Me maravillo de la longanimidad de Dios hacia los hombres. Veo al malhablado blasfemo maldecir a su Dios. Oh Dios, ¿cómo puedes soportarlo? ¿Por qué no lo derribas en tierra?

Si un mosquito me atormenta, ¿no debo aplastarlo en un momento? ¿Y qué es el hombre comparado con su Hacedor? Ni la mitad de grande que una hormiga en comparación con el hombre. Oh mis hermanos, bien podemos estar asombrados de que Dios tenga misericordia de nosotros, después de todas nuestras violaciones de este alto mando. Pero yo estoy aquí hoy Su siervo y para mí y para ti clamo por Dios, porque Él es Dios, porque Él es nuestro Dios y nuestro Creador, clamo el amor de todos los corazones, clamo la obediencia de todas las almas y de todas las mentes y la consagración de todas nuestras fuerzas.

Oh pueblo de Dios, no necesito hablaros. Sabes que Dios es tu Dios en un sentido especial. Por lo tanto, debes amarlo con un amor especial.

**2.** Esto es lo que nos dice el Mandamiento. De hecho, seré muy breve sobre el segundo encabezado, que es: ¿QUÉ TENEMOS QUE DECIRLE?

¿Qué tienes que decir a este mandato, oh hombre? ¿Tengo aquí uno tan profundamente descerebrado como para responder: "Tengo la intención de guardarlo y creo que puedo obedecerlo perfectamente y creo que puedo llegar al Cielo obedeciéndolo"? Hombre, eres un tonto o eres un ignorante deliberado. Porque seguramente, si entiendes este Mandamiento, inmediatamente colgarás tus manos y dirás: "La obediencia a eso es completamente imposible. ¡Obediencia completa y perfecta a la que ningún hombre puede aspirar a alcanzar!" Algunos de ustedes piensan que irán al Cielo por sus buenas obras, ¿verdad? Esta es la primera piedra que vas a pisar, estoy seguro de que es demasiado alta para tu alcance.

También podrías tratar de subir al Cielo por las montañas de la tierra, y tomar el Himalaya como tu primer paso. Porque seguramente cuando hubieres pisado desde el suelo hasta la cumbre del Chimborazo, aun entonces podrías desesperar de pisar alguna vez la altura de este gran Mandamiento, porque obedecer esto debe ser siempre una imposibilidad. Pero recuerda, no puedes ser salvo por tus obras si no puedes obedecer esto completamente, perfectamente, constantemente, para siempre.

"Bueno", dice uno, "me atrevo a decir que, si trato de obedecerla lo mejor que pueda, eso será suficiente". No, señor, no lo hará. Dios demanda que obedezcas perfectamente esto y si no lo haces perfectamente, Él te condenará. "Oh", exclama uno, "¿quién, pues, puede ser salvo?" Ah, ese es el punto al que deseo llevarte. ¿Quién, pues, puede salvarse por esta Ley? ¡Por qué, nadie en el mundo! Se prueba que la salvación por las obras de la Ley es una clara imposibilidad. Por lo tanto, ninguno de ustedes dirá que tratará de obedecerla y esperar así ser salvo. Oigo al mejor cristiano del mundo gemir en sus pensamientos: "Oh Dios", dice, "soy culpable. Y si me arrojas al infierno, no me atrevo a decir lo contrario. He quebrantado este mandamiento desde mi juventud, incluso desde mi conversión. Lo he violado todos los días".

“Sé que, si pones la justicia en el cordel y la rectitud en la plomada, debo ser barrido para siempre. Señor, renuncio a mi confianza en la Ley. Porque por ella sé que nunca podré ver Tu rostro y ser aceptado”. Pero escucha, escucho al cristiano decir otra cosa. “Oh”, dice él al Mandamiento, “Mandamiento, no puedo guardarte, pero mi Salvador te guardó y lo que hizo mi Salvador, lo hizo por todos los que creen. Y ahora, oh Ley, lo que hizo Jesús es mío. ¿Tienes alguna pregunta que hacer contra mí? Tú exiges que debo guardar este Mandamiento en su totalidad; he aquí, mi Salvador lo guardó en su totalidad por mí y Él es mi Sustituto.

“Lo que no puedo hacer por mí mismo, mi Salvador lo ha hecho por mí. No puedes rechazar la obra del Sustituto, porque Dios la aceptó en el día en que lo resucitó de entre los muertos. ¡Oh Ley, cierra tu boca para siempre! ¡Nunca podrás condenarme! Aunque te rompa mil veces, pongo mi simple confianza en Jesús y solo en Jesús. Su justicia es mía y con ella pago la deuda y saciaré tu boca hambrienta”.

“¡Oh!”, exclama uno, “¡ojalá pudiera decir que así podría escapar de la ira de la Ley! ¡Ojalá supiera que Cristo cumplió la Ley por mí!” Detente, entonces, y te lo diré. ¿Sientes hoy que eres culpable, perdido y arruinado? ¿Con lágrimas en los ojos confiesas que nadie sino Jesús puede hacerte bien? ¿Estás dispuesto a renunciar a toda confianza y entregarte solo a Aquel que murió en la Cruz? ¿Puedes mirar al Calvario y ver al Sufridor sangrante, todo carmesí con corrientes de sangre? Puedes decir,

***“Un gusano culpable, débil e indefenso,  
En Tus brazos caigo.  
Jesús, sé tú mi justicia,  
mi Salvador y mi Todo”?***

¿Puedes decir eso? Entonces Él guardó la Ley por vosotros y la Ley no puede condenar a quien Cristo ha absuelto. Si la Ley viene a ti y te dice: “Te maldeciré porque no guardaste la Ley”, dile que no se atreve a tocar un cabello de tu cabeza. Porque, aunque vosotros no lo guardasteis, Cristo os lo guardó y la justicia de Cristo es vuestra. Dile que ahí está el dinero y aunque no lo acuñaste, Cristo lo hizo. Y dile que cuando le hayas pagado todo lo que pide, no se atreve a tocarte. Debes ser libre, porque Cristo ha cumplido la Ley.

Y después de eso, y aquí concluyo, oh hijo de Dios, sé lo que dirás. Después de haber visto la Ley cumplida por Jesús, caerás de rodillas y dirás: “Señor, te doy gracias porque esta Ley no puede condenarme, porque creo en Jesús, pero ahora, Señor, ayúdame desde ahora en adelante a guardarla para siempre. ¡Señor, dame un corazón nuevo, porque este viejo corazón nunca te amará!”

"Señor, dame una vida nueva, porque esta vida vieja es demasiado vil. Señor, dame un nuevo entendimiento, lava mi mente con el agua limpia del Espíritu. Ven y habita en mi juicio, mi memoria, mi pensamiento. Y entonces dame la nueva fuerza de Tu Espíritu y yo, por Tu gracia, te amaré con todo mi nuevo corazón, con toda mi nueva vida, con toda mi mente renovada y con toda mi fuerza espiritual, de ahora en adelante, incluso Siempre".

¡Que el Señor lo convenza de pecado, por el poder de Su Espíritu Divino y bendiga este sencillo sermón, por causa de Jesús! Amén

[EstudiaLaPalabra.org](http://EstudiaLaPalabra.org)